



EL RIO Y LAS DONCELLAS

OTTO RAUL GONZALEZ

I

Muchacha de cristal que corre entre los bosques de maderas preciosas y perfumados líquenes, que cae en los abismos y por el valle asoma ileña entre la espuma, alegre, sin cansancio.

Proa de plata joven que en sí misma navega y hacia el mar se dirige, hacia el mar infinito, con raro cargamento de maderas heridas, de mariposas muertas, de recuerdo del bosque.

Todos los ríos nacen en un bosque encantado. Su cuna es de oro y plata y de marfil y plumas, sus padres suelen ser el cielo y la montaña, sus padrinos las aves, los árboles, los genios.

La infancia de los ríos se llena de peligros: no pueden andar solos, se pierden en la selva, muchas veces se agostan por oír a los pájaros o al saltar un abismo los pulveriza el viento.

No hay nada más hermoso que un río adolescente. Su piel es de leopardo con islas como manchas, ocultas esmeraldas le brillan en los ojos y luce un vello fino de sauces adyacentes.

Las barcas como novias se duermen en sus brazos.

II

Una doncella tendida es un continente virgen o un inviolado bosque rodeado de misterio.

Hay en la cabellera pájaros encendidos como a la orilla de los ríos sagrados, la cabellera de árbol-de-la-noche-triste.

Un enjambre de besos tiembla sobre su rostro igual que las abejas sobre el rostro del nardo.

Las manos, donde aprende caminos la fragancia, recuerdan los antiguos incensarios de barro.

Los hombros tienen la suavidad de los helechos y el brillo de los astros anónimos y puros.

Resbala en las caderas de opulentos contornos el peligro de seda de las panteras negras.

El mármol desvaría columnas en los muslos y el ónix se enloquece de límpidas arcadas.

En los pequeños lagos detrás de las rodillas las libélulas soplan las flautas de los lirios.

Y en los tobillos de oro los címbalos reviven el espectro remoto de danzas primitivas.

Inmóvil y desnuda es sagrada como los bosques.